

Notas

El «aire» o *yeyecatl* entre los nahuas de Texcoco: notas etnográficas sobre una fuerza volátil, patógena y asociada al diablo

Los «aires» –potencias espirituales– figuran en numerosos grupos mesoamericanos, amerindios y de otras áreas del mundo. En México, la significación atribuida a los «aires» y sus concepciones son múltiples en las diversas áreas de tradición nahua, como revela la abundante bibliografía¹. Abarcan, entre otras, su definición como potencias meteorológicas vinculadas a la lluvia o los rayos, los manantiales y cursos de agua, a los cerros, las cuevas, la fertilidad vegetal y los rituales agrícolas, como entes asociados a los componentes anímicos del ser humano o derivados de las emanaciones de los difuntos o de ciertos vapores contaminantes y constituidos en agentes patógenos que infligen diversas categorías de enfermedades, de mayor o menor gravedad, en ocasiones mortales, a los seres humanos por el procedimiento de introducirse o afianzarse en el organismo, y cuyo desalojo requiere de pequeños exorcismos que adoptan la forma de «limpias». Por lo general, las atribuciones referidas no son excluyentes y es común que un mismo «aire», o serie de «aires», en una misma región, acumulen varios de los aspectos anteriores, lo que se refleja en que dichas entidades ostenten, desde la óptica indígena, una naturaleza ambigua y una manera de conducirse impredecible o ambivalente. Los «aires», que con frecuencia aparecen asociados con colores y organizados en una intrincada jerarquía, se consideran habitantes del entorno circundante de las comunidades y son objeto de ofrendas, bien para propiciarlos y lograr sus favores, bien para conciliarlos o ahuyentarlos.

En la Sierra de Texcoco, región indígena nahua situada a 40 km al oriente de la ciudad de México², se carece de registros etnográficos relativos a este concepto, pese a su omnipresencia en los discursos vinculados con las representaciones y prácticas cotidianas de los procesos de salud y enfermedad, así como de la medicina doméstica. ¿A qué se refieren exactamente los serranos de Texcoco cuando hablan de «aires»?

Los nahuas distinguen dos categorías de aire: el aire físico o viento que transita por la atmósfera, se desplaza de un lugar a otro, carece de voluntad y a menudo se considera que emerge de los volcanes, donde se origina; este fenómeno es designado con el término castellano de *aire* y náhuatl de *yeyeca* o *yeyecacuncli* («es el aire normal, está haciendo aire», «el viento, el viento fuerte»). Existe, no obstante, otro «aire», que suele denominarse en náhuatl *yeyecatl* y en español *aigre*, y en otras ocasiones «aire», simplemente. Éste es el «aire» que nos ocupa aquí: se trata, según los nahuas,

¹ Una muestra representativa de estudios sobre los «aires» en diferentes regiones nahuas es la siguiente: Montoya Briones (1981), Huicochea (1997), Morayta (1997), Lupo (1999), Maldonado (2001), Morayta *et al.* (2003: 44-46), Fagetti (2004), Sandstrom (2010: 321-342), entre otros.

² Un panorama general sobre la Sierra de Texcoco figura en Lorente (2011: cap. 2), véase una monografía específica de una de sus comunidades –Santa María Tecuanulco– en Lorente (2013).

de seres o entidades diversas, múltiples —«los aires»—, animadas, relativamente autónomas, provistas de una intencionalidad un tanto mecánica y de cierta capacidad de acción. Habitan en todos los lugares y se desplazan continuamente, por lo que se les considera «volátiles». El nombre de «aires» deriva de que se manifiestan normalmente «como un vientecillo», «como un airecillo que se siente en la piel». Son invisibles y sólo son capaces de verlos los curanderos experimentados y las personas comunes bajo ciertas circunstancias extraordinarias, o en sueños.

«Cuando está haciendo aire, aire normal, viento, le llamamos aire, *yeyeca*, que no es una palabra de mal agüero. *Yeyecatl* ya es la palabra mala, ya es lo malo que se da en un paraje: *aigres* que se acumulan en algún lugar delicado, y entra uno y capta todo. Es cuando se dice *no yeyecahui*, ‘agarré aire’, las malas vibras que encontró uno en ese lugar. Por lo regular es donde hay barrancas a las que no llega la gente... Donde hay eso es *yeyecatla*, ‘lugar de aires’. De ahí se dice: ‘No te arrimes porque hay mal aire’» (Trinidad Espinosa, 60 años, San Jerónimo Amanalco, 17 de agosto de 2013).

Cuadro 1: Las categorías de «aire»: aire común (*yeyeca*) y aire de enfermedad (*yeyecatl*)

Denominación en náhuatl	Traducción de los nahuas al castellano	Descripción de los nahuas	Origen
<i>Yeyeca, yeyecacuncli</i>	Aire	Aire normal, viento	Volcanes
<i>Yeyecatl (-me)</i>	Aigre, aire	Mal aire, aire de enfermedad	Barrancas Diablo o Temilo Aire de muerto, cadáveres <i>Mictlaneyecatl</i> o aire de panteón

La característica distintiva de los *yeyecame* (plural de *yeyecatl*) es que esgrimen una actitud sistemáticamente hostil hacia los seres humanos: *yeyecatl*, dicen los nahuas, significa «aire de enfermedad». La subordinación de todos estos seres a un mismo personaje central explica en gran parte su actitud y sus tendencias patógenas. En cierta ocasión, un granicero, es decir, un especialista versado en la manipulación de los fenómenos meteorológicos y en el tratamiento de enfermedades relacionadas con los aires, indicó al respecto:

«...por aquí hay una hierba que se llama *hierba de bastón*³. Es una hierba, pero esa nace por donde existe el mal, por donde existe ‘aire’, vive el ‘aire’ por allí, por eso es la hierba de *ellos* [de los ‘aires’]. El ‘aire’ es por donde vive el mal, por decir, por donde vive el diablo. El diablo es el mal... El diablo es el más más más peligrosísimo, y en donde se logra esa planta es adonde vive el mal» (Guadalupe Durán, 63 años, San Jerónimo Amanalco, 30 de enero de 2005).

Los «aires» se asocian directamente con el diablo, que es una entidad jerárquicamente superior y los domina a todos, son sus ayudantes y comparten con él su propensión a hacer el mal y a generar enfermedad, constituyen sus desdoblamientos coesenciales. Los «aires» y el diablo son *amo cuali*, lo «no bueno». Los «aires» sirven al diablo, la entidad patógena por excelencia. No existen «aires» buenos ni ex-

³ Planta no identificada botánicamente; es posible que se trate de la especie denominada en otras regiones nahuas como *tlacoecapatli* (*Senna occidentalis*).

clusivamente benéficos, todos agreden y depredan y son peligrosos, aunque el diablo, su «patrón», considerado también en ocasiones un «aire», una manifestación gaseosa, «es el más más más peligrosísimo».

«Los aires son del diablo, lo llaman el *Temilo*. Y también le dicen *amocualyulcatl*, significa ‘no es un buen animal’. El mal aire es el diablo» (Porfiria Espinosa, 64 años, San Jerónimo Amanalco, 19 de octubre de 2013).

El diablo y los aires –a veces estrechamente identificados, constituyendo una figura en la que son indistinguibles el «patrón» de sus ayudantes– manifiestan capacidades metamórficas, una propensión a abandonar una forma y asumir seguidamente otra, revelando una esencia común bajo una corporalidad ilusoria e inestable, cambiante.

«Hay un caso de un joven al que le pasó; se fue al monte y andaba buscando hongos y le dio aire. Así le decimos: ‘aire’. Y cuando iba por el cerro donde está una cruz, dice que se espantó, que alguien lo venía correteando, pero no veía quién. Y en la cima del cerro dice que se le atravesó un guajolote extraño, sin cabeza, y que no lo dejaba pasar. Ése es el ‘mal aire’, se transforma diferente... [en distintos seres] el ‘aire’.

Y un vecino que ya no vive acá se encontraba seguido con el diablo. Iba de viaje y entrando al pueblo, en un puentecito antiguo, siempre se le aparecía un charro ahí sentado, en silencio. Y un día que iba con su hermano, como siempre que pasaba, allí le veía, empezó a hablar mal del charro, a maldecir... ‘¡No me vas a espantar!’ Dice que, cuando voltearon, ya los iba siguiendo a él y a su hermano un burro. Se convirtió en burro, nada más que como resuello le salía lumbre de la nariz. Y agarraron piedras y las lanzaron hasta que lo dejaron tirado y se fueron. Y al día siguiente, de regreso, pasaron a ver y era una mata de nopal lo que tumbaron, ya no había burro. Pero después a ese señor le fue mal: dicen que se andaba muriendo, porque le pegó en la cara el ‘aire’. Pues lo curaron de mal aire. Entonces ya se ve que el diablo se convierte en diferentes formas, diferentes presentaciones tiene: se presenta en perro, se presenta en guajolote, se presenta en burro, se presenta en otros tipos de animales... o en nopal; también en charro negro a caballo» (Trinidad Espinosa, 60 años, San Jerónimo Amanalco, 17 de agosto de 2013).

Al igual que el diablo, los «aires», debido a su carencia de corporalidad, son proclives a asumir cualquier tipo de cuerpo; su incorporeidad oculta un polimorfismo potencial (provisto, eso sí, de anomalías inquietantes: animales sin miembros, resuello de lumbre...). Seres informes y multiformes que actualizan su morfología *hic et nunc*, según las conveniencias, aunque, por lo común, resultan evanescentes.

Pese al carácter colectivo atribuido a los aires y a la concepción, recurrente en los testimonios de los nahuas, de que dichas entidades residen «en todas partes», los «aires» se distinguen en distintas categorías de acuerdo a su origen y a su lugar preferido de habitación. En la Sierra se enumeran cuatro clases principales.

Los «aires» originados en las entrañas de los parajes agrestes donde no viven los seres humanos, sitios del campo o de las inmediaciones de los pueblos bastante solitarios –cuevas oscuras, huecos de árboles–, casas abandonadas, recodos de caminos sombreados, etc. Son «aires» que se considera agreden a los seres humanos cuando se introducen en sus dominios.

Los «aires» originados en los terrenos de cultivo situados en el monte y las barrancas. La existencia de un «aire de barranca» específico, uno de los «aires» más men-

cionados por los nahuas, se atribuye al material vegetal residual que queda acumulado en estos lugares y que propicia su desarrollo: «basuras» o «suciedad» asociadas con la descomposición, y en especial con el vapor nefasto que emana de la inmundicia y la licuefacción generada por la corrupción («aire lo recibe uno en alguna barranca que esté muy feo, muy sucia, no es transitable, es ahí donde puede agarrar uno *amo cualli yeyecatl*»). Los serranos le temen a las grandes «venidas» o torrentes estacionales que descienden por las calles con ocasión de las fuertes tormentas arrastrando tierra, desperdicios e impurezas de los terrenos, pues introducen en el pueblo a estos «aires».

Además, los cadáveres de animales y principalmente de seres humanos, generan, según se afirma, una gran cantidad de «calor» en su putrefacción y producen un tipo específico de «aire», cuya liberación es tenida por sumamente peligrosa. Se explica como advertencia que, tras el fallecimiento de un ser humano, el cadáver se torna un foco de emanaciones patógenas: con la descomposición despiden «aire de muerto», que tiende a vincularse con el *espíritu* liberado por el cuerpo del difunto. Se dice que puede producir «cáncer» y carcomer los tejidos y los órganos de los seres humanos que se encuentren cerca al introducirse en su organismo por los orificios corporales, o en ocasiones afectar o dañar el feto de una embarazada causándole malformaciones si se expone al cadáver. Desde esta perspectiva, los velorios constituyen lugares proclives al contagio. Para prevenirlo, los nahuas disponen frutos de la calabaza denominada «chilacayote» (*Cucurbita ficifolia*), considerada de calidad «fría», partidos por la mitad, bajo la mesa donde yace el cadáver para mitigar el calor y absorber los «aires» expelidos.

El cuarto tipo de «aire» se asocia estrechamente con el anterior; lo constituyen las emanaciones patógenas que afloran con profusión desde las tumbas del cementerio, amenazando peligrosamente con dispersarse por las inmediaciones y alcanzar los lugares habitados del pueblo. «*Mictlanyeyecatl* es 'aire de panteón', porque es algo de los muertos. El *Mictlan* también es como del demonio».

El vínculo entre las dos últimas categorías, el «aire de muerto» y el «aire de panteón», surge explícito en el siguiente testimonio:

«Siempre, cuando se muere alguien, buscan un chilacayote, lo parten a la mitad y lo ponen abierto cerca del cuerpo... dicen que lo que al muerto le sale al último se queda en el chilacayote, lo absorbe. A los ocho días, porque lo dejan ocho días allí después de enterrar al muerto, van a dejar el chilacayote al panteón y allí lo entierran. Bueno, nosotros, cuando murió mi mamá, eso hicimos: lo fuimos a dejar todo, hasta arena, porque se pone arena en cruz debajo del cuerpo, y un chilacayote en cada esquina, cuatro chilacayotes; pero casi siempre he visto dos mitades de chilacayote. Y la gente se pone ruda en la oreja y en la nariz, o lleva cebolla, limón... como protección.

Ah, y yo me enfermé, me dio *eso*... 'aire de muerto', creo le dicen. Una vez se murió una señora e iba yo bien engripada a dejar mi cerita [vela]. Y ya estaba ahí tendida la persona y un familiar me dice: 'Hágame el favor de ponerle su jarrito [al muerto] en las manos y su coronita en su cabeza'. Y digo: 'Ay, no, como que yo no...' Dice: 'Andele, por favor'. Porque las personas más allegadas no lo pueden hacer, tiene que ser otra persona. Y ya le agarré sus manos con un listón, le puse su jarrito en el pecho, luego en su cabeza le puse su corona, se la amarré... Y nomás llegué aquí a mi casa y al otro día me andaba muriendo. Me dio tipo tifoidea, me dio diarrea, dolor de cabeza, me dio vómito, ¡todo, todo! Fui al doctor y ya le conté, me dice: 'No, es que se anda acercando con los muertos'. Yo dije, ha de creer algo, porque hay médicos que sí creen... Pero

así pasó y me digo, yo ya no vuelvo a los velorios. Ahora, si se mueren y tengo gripa, no voy. Y sí lo han dicho: cuando usted lleva una herida, no se puede arrimar junto al muerto, porque es una herida y le entra... Porque hay personas que están enfermas mucho tiempo y ya se descomponen desde vivitos y están mal; un día nos tocó enterrar a un primo... ¡Ay no, madre mía, no se aguantaba el olor, nadie lo aguantaba, no olía como a perro muerto, olía como...! Las personas todas iban con su ruda, pues fue una cosa fea. Digo, es el mal aire de los muertos» (Porfiria Espinosa, 64 años, San Jerónimo Amanalco, 19 de octubre de 2013).

Significativamente, la distinción por origen y lugar preferente de habitación es el criterio principal al hablar de los «aires», la taxonomía parece terminar ahí; los nahuas no se refieren a «aires» masculinos o femeninos, niños o adultos, los consideran entidades relativamente autónomas y con dominio de sí pero un tanto anónimas y borrosas en cuanto a su personalidad. En su descripción se prima lo genérico y la indiferenciación dentro de cada categoría colectiva de «aires».

Siendo considerados en sí mismos emanaciones gaseosas (vahos de la descomposición vegetal, última emanación expelida por los muertos, vapores escapados del cementerio, etc.), los nahuas explican la coherencia de que los «aires» muestren predilección por las fragancias, las sustancias aromáticas, los productos «olorosos» o que exhalan efluvios agradables, de los que se alimentan. Consumen, en suma, esencias etéreas que comparten con ellos su naturaleza aérea y volátil. Suele tratarse de aromas de sustancias no siempre tenidas por alimentos de los seres humanos, como los perfumes y las colonias artificiales, pero consideradas siempre de naturaleza «caliente», lo que parece agrandar a los «aires», concebidos generalmente como entidades de naturaleza «fría». También los atraen ciertos estados del organismo asociados con el «calor», como el esfuerzo físico; y asimismo las discusiones violentas, los pleitos y los conflictos («cuando las personas no están bien y pelean, eso también genera 'aire'»).

Las cuatro categorías de «aires» comparten su talante patógeno y agresivo hacia los seres humanos. Por un lado, agreden a los nahuas debido a varios motivos: por introducirse en sus dominios con alimento o perfume, por estar la persona debilitada debido al cansancio físico tras haber faenado en el campo, por salir la víctima de noche (cuando los «aires», se dice, deambulan con mayor libertad), o por la tendencia innata de estas entidades a la agresión. Por otro lado, se dice que a menudo los «aires» agreden en cualquier sitio y no necesariamente en sus lugares de habitación: los nahuas explican que el «mal aire» es omnipresente y que con frecuencia entra a las casas en su pulular sin descanso, por lo que es posible «agarrarlo» trabajando en el patio, estando en la cocina, o durmiendo desprevenido en la cama. El «aire» puede entonces golpear simplemente a la víctima en una zona determinada del cuerpo, en la oreja o el ojo, por ejemplo:

«A lo mejor nomás el aire le da un chingadazo en su oreja, por eso le duele su cabeza, nomás unas tantitas limpias y con su tecito de ruda y ya.

A veces uno va a alguna parte corriendo de noche y encuentra el aire. Un señor que venía a mi tienda me dijo una vez: 'Me duele el ojo'; ya se le hinchó. Fue con el doctor y le recetó medicina. No se le calmaba. '¿Qué será bueno?', me preguntó. Digo: 'Será aire'. Le voy a dar sus medicinas; le fui a juntar las hierbas: mirto, ruda, ixtafiate, artomesa. Le hice sus ramitos para tres viajes. 'Usted mismo límpiase, tres veces', le dije, 'póngase tantito alcohol y hágase todo para arriba'. Lo hizo. A los ocho días

vino: '¿Cuánto le debo?' Ya se le alivió el ojo» (Dominga Durán, 67 años, Santa María Tecuanulco, 1 de mayo de 2004).

Estas agresiones localizadas son, como se aprecia, bastante fáciles de tratar y de sanar. Pero el «aire» puede también aprovechar los orificios corporales de la víctima para introducirse en el organismo y, en cierto modo, poseerla. Entra por la nariz, por la boca, por el oído o por las aberturas inferiores y se instala en el cuerpo. Según la concepción nahua, los individuos más susceptibles son los niños, dada la falta de maduración de su *espíritu* y su menor fortaleza anímica:

«Porque luego los niños ve que son traviosos, así salen, se van, se meten en cualquier parte y sin saber si está bien el lugar o no, encuentran 'aire', entonces nomás se enferman, les da calentura o empiezan a tristar, ya no quieren ni comer y empiezan a llorar» (Juana Velázquez, 43 años, Santa Catarina del Monte, 16 de mayo de 2004).

También se considera que a las mujeres puede afectarlas intensamente; los hombres son tenidos por más resistentes. Los nahuas dicen *no yeyecahui*, «agarré aire, me entró aire». Tal como explican, la agresión no va acompañada de ninguna sensación térmica corporal, pese a tratarse de una emanación de naturaleza extremadamente «fría»:

«Pues cuando agarra uno mal aire no se siente nada, eh; no hace frío ni nada, no, no, no. No es necesario que haga frío. Es en momentos que hay una tranquilidad... se ve que está tranquilo el aire. Cuando hay mal aire le da a uno sin que se sienta» (Trinidad Espinosa, 60 años, San Jerónimo Amanalco, 17 de agosto de 2013).

Los síntomas constituyen a la vez indicadores de la intrusión maléfica y la forma que adopta la propia enfermedad resultante. Cuando ha transcurrido cierto tiempo desde el encuentro, «uno siente dolor de cabeza o que le palpita el párpado», eccemas y ronchas, erupciones, hinchazón de los miembros del cuerpo, calenturas, cansancio, somnolencia... Caso típico:

«Hace días ayudé a mi marido en el monte limpiando un terreno, y al regresar a casa me llegó una sensación de sueño intensa; mi esposo dijo: 'es aire'. Pero a mí con el 'aire' me da comezón y ronchitas rojas por el cuerpo y dolor de cabeza. Ése se agarra siempre por las barrancas, donde pasa el agua sucia; mi marido lleva cigarro cuando va a trabajar al cerro. El 'aire' se cura con limpias de ruda, limón y huevo; sale con la ruda si te limpias bien el cuerpo ya estando en casa» (María Isabel Durán, 43 años, Santa María Tecuanulco, 4 de abril de 2004).

Los casos más severos incluyen lesiones, que pueden derivar en crónicas, sea bien en la boca, bien en los brazos o los pies:

«A mí me pasó donde hay unas piedras. De joven mi deporte era todos los domingos la cacería. Temprano agarré un día mi escopeta. Bajé por una barranca, brinqué un arroyito donde está corriendo el agua, subí una ladera hasta un bosquecito y empecé a sentir como que mi cara se me empezó a colgar. ¡No! Cuando llegué al cerro, ya mi carrillo lo tenía así de ancho... En la punta del cerrito había un pirul⁴. Tenía la cara pesada y no me podía ni voltear; agarré una rama del pirul y me empecé a frotar, me

⁴ *Schinus molle* o *Schinus areira*, árbol originario de Sudamérica, extendido desde Perú hasta el noroeste de Argentina y Chile, asilvestrado en México.

limpié hojeándome con un ramo. Aquí sabemos que si alguien sale al monte con olor a comida o loción en la cara, el 'aire' puede torcerle la boca, de manera que queda chueca» (Trinidad Espinosa, 60 años, San Jerónimo Amanalco, 17 de agosto de 2013)

Salvo cuando la víctima se aplica tratamiento de forma inmediata o acierta con el remedio, estos «enchuecamientos», contracciones y deformaciones, requieren de la actuación de un terapeuta experto en curar de «aires» (*tepatiqui*) o de un granicero (*tesiftero*), que extrae la entidad patógena del organismo y logra que la zona afectada se recupere. Aun así, según se cuenta, hay enfermos que quedan con la boca ladeada o las piernas torcidas.

El tratamiento de los casos de «aire» incluye una limpia-diagnóstico, realizada con un huevo (tenido por más potente si es de gallina negra). Primero se frotan con él, de arriba abajo, las articulaciones y el cuerpo del paciente, o la zona afectada; se considera que gran parte del «aire» es así extraído y confinado en el huevo. Acto seguido éste se rompe en un vaso de agua y se lee el diagnóstico: largas hilachas azuladas en la clara se interpretan como signos del «aire».

«Para la limpia se usa un huevo de gallina, se rompe en el vaso y cuando es 'aire' se pone como remolino revoloteado en la clara del huevo. Cuando son aires malos, pues depende de qué lugar sean, se pone feo el dibujo que sale. Hay gente que sí alcanza a distinguir el lugar, allí se ve el 'aire' de dónde es: si es de barranca, si es de camino, si es de panteón... como dibujos de lugares se forman en la clara y ya saben el tipo de 'aire'. ¿Y qué se tiene que hacer? Se limpia con el huevo y ya, con eso» (Trinidad Espinosa, 60 años, San Jerónimo Amanalco, 17 de agosto de 2013)

Después se le dan a beber al enfermo tés de plantas consideradas «calientes» y de olores desagradables para los «aires» —principalmente ruda, cacopacle, pirul, eucalipto, mirto, ixtafiate, laurel y artemisa—, y con ellas se le «hojea» también el cuerpo buscando que el «calor» y el olor terminen de expulsarlos. La profilaxis preventiva del «aire» recurre a los mismos principios: los nahuas salen al campo con una ramita de ruda en la oreja, o limón o una cebolla en el bolsillo, o fuman cigarrillos, liberando así olores desagradables, que, según se dice, repelen a los entes volátiles.

No obstante, existen agresiones severas en las que el «aire» le provoca un «susto» a la víctima, o la golpea, con el propósito de que la persona, sobresaltada, pierda su *espíritu* y la entidad patógena logre hacerse con él. Se dice que el «aire» apresa esta entidad anímica y se repliega a algún enclave inhóspito, dejándola confinada. La víctima sufre entonces los síntomas de la pérdida del *espíritu*, enferma gravemente y, según se dice, de no ser tratada, llega incluso a morir. Se considera además que otros «aires» pueden aprovechar esta coyuntura de ausencia de *espíritu* para introducirse en el cuerpo «desocupado» de la víctima. En esta situación simultánea de posesión patógena y pérdida del *espíritu* la víctima experimenta visiones oníricas en las que, dicen los nahuas, se le presentan los «aires» agresores; los terapeutas locales explican que estos sueños muestran las experiencias y percepciones que el *espíritu* apresado experimenta en la «casa del aire» donde fue confinado. Explicó una curandera-yerbera:

«De lo que recogen el *aigre* ya quedan asustados, no pueden ni dormir, como que platican en sueños en otro lugar, viven con los aires, quedan inquietos. Se vuelven loquitos» (Catalina Linares, 65 años, Santa Catarina del Monte, 24 de junio de 2004).

En estas circunstancias el curandero debe proceder como si se tratase de un caso nosológico de «susto» y, mediante cierto procedimiento terapéutico, soñar él mismo el lugar donde fue retenido el *espíritu* del paciente, acudir allí a canjearlo por una ofrenda alimenticia (compuesta de arroz, mole, tortillas, o incluso de una gallina negra) y recuperar la entidad retenida. Sin embargo, los nahuas explican que si la víctima llegase a fallecer sin que el ritualista recuperase el *espíritu*, éste se transformaría en un «aire» y pasaría a engrosar las huestes de entidades patógenas. Es decir, el *espíritu* sobrepuesto a la muerte del cuerpo sería desprovisto de toda condición humana e investido en un *amo cuali* («no bueno») o *amo tlacatl* («no humano»); trastocada su identidad ontológica original, terminaría por transformarse, finalmente, en un «aire».

Breve contraste entre el estatus ontológico de los *aires yeyecame* y el de los *ahuaques* o espíritus «dueños del agua»

Los nahuas de Texcoco tienden a poner en relación a los «aires» *yeyecame* con los *ahuaques* o espíritus «dueños del agua» y a describirlos contrastadamente delimitando su pertenencia a dos categorías distintas. Explican las diferencias del siguiente modo:

«Los *ahuaques* son muy parecidos a los ‘aires’, a los ‘mal aires’. Los ‘mal aires’ y los *ahuaques*... pero no son lo mismo. No. Hay diferencias, sí. Eso no es *yeyecatl*. No es *yeyecatl*. Los *ahuaques* nada más son invisibles, son una personita chiquita, como nosotros pero invisibles, sí, son invisibles, y éstos también son pues muy peligrosos... Pero el diablo es otro: es el mal. Los ‘mal aires’ son los males del diablo. El mal aire se transforma en diferentes... El diablo se convierte en diferentes formas, diferentes presentaciones» (Trinidad Espinosa, 60 años, San Jerónimo Amanalco, 17 de agosto de 2013).

Los *ahuaques* o entidades que ostentan para los nahuas el monopolio de los fenómenos meteorológicos –los rayos, el granizo, la lluvia– y ciertas afecciones ligadas al agua, son descritos en los siguientes términos: «son personas como nosotros», «son humanos», «así personas pero en chiquito», «son una generación viva», «es gente pero quién sabe de dónde, se encuentran simplemente en el manantial» (véase Lorente 2011: cap. 3 para una descripción detallada de estas entidades). No se los denomina *aires yeyecame* pese a su carácter invisible y etéreo y a su desplazamiento por la atmósfera (en forma de nubes, en este caso). Los consideran «personas» (*tlacatl*) con una ascendencia humana directa, un cuerpo invariablemente antropomorfo («pero chiquito»), edad y dimorfismo sexual («hombres y mujeres»), nombre y personalidad distintiva, individual, y capacidad de establecer entre sí y con los seres humanos vínculos de parentesco (alianza, filiación, compadrazgo) en los mismos términos de las relaciones sociales serranas. Ligado a su naturaleza humana, los *ahuaques* representan para los nahuas «sujetos» provistos de intencionalidad, raciocinio, afectos, vida social –integran «sociedades» y se rigen por principios cercanos al intercambio y la reciprocidad–, y revestidos de una «cultura» humana (plasmada en instituciones de gobierno, herramientas, lenguaje, viviendas, uso de dinero, festividades, etc.), homóloga, aunque no por completo idéntica, a la de los propios nahuas (véase Descola 2012).

Por el contrario, los *aires yeyecame* resultan incorpóreos, despersonalizados, carentes de individuación –conforman una categoría genérica o colectiva–, anónimos,

«no humanos» (excepto los que proceden de los difuntos o los del panteón, y en esos casos se trata más de «exhumanos» que de verdaderos «humanos»). Falto de «interioridad» humana, los «aires», en tanto entidades espirituales, no constituyen seres «sociales», no entran en la categoría nahua de «persona». Sus niveles de conciencia, «agencia» y volición son considerablemente menores que los de los *ahuaques*, y menos compleja también la intencionalidad que reviste su actuación. Constituyendo en última instancia hipóstasis del diablo, emanaciones subordinadas jerárquicamente a una entidad rectora y principal, esta corte «maligna», desdibujada, indistinguible, se aglutina en una masa de voluntades no humanas cuyo único vínculo con los seres humanos lo constituye, de acuerdo a los nahuas, la agresión y el producir afecciones.

Cuadro 2: Categorización nahua de los “aires” *yeyecame* y de los *ahuaques*, “dueños del agua”

<i>Yeyecatl, yeyecame, aigres, aires, malos aires</i>	<i>Ahuaques, dueños del agua</i>
Etéreos	Etéreos, aunque concebidos como provistos de cuerpo
Invisibles	Invisibles
Informes, polimorfos	Antropomorfos
Genéricos, colectivos	Individuados
Sin distinción de sexo ni edad	Se distinguen por sexo y edad
Anónimos	Provistos de nombres y personalidades distintivas
Originados en la “basura” y los cadáveres	Origen humano (personas fallecidas por rayos, etc.)
No humanos (<i>amo tlacatl</i>)	Humanos (se los define como “personas”, “gente”)
Sin vínculos de parentesco	Sostienen vínculos de filiación, afinidad y compadrazgo
No establecen relaciones sociales	Entablan relaciones sociales, familiares y comunitarias
Inercia, respuestas mecánicas	Sujetos activos, con volición y conciencia
Carecen de cultura humana	Poseen cultura humana (leguaje, religión, gobierno, etc.)
Erráticos, sometidos a un deambular constante	Sedentarios, capacidad de desplazamiento
Actúan durante todo el año	Actúan sólo en la época de lluvias o <i>xopanistli</i>
Consumen sustancias aromáticas u aromas “calientes”, pero consideradas a menudo como alimentos no-humanos (perfumes, etc.)	Consumen sustancias aromáticas u aromas, consideradas como emanaciones de alimentos humanos (semillas, frutas, carne, pulque, etc.)
Planta distintiva de la que son “dueños”: hierba de bastón	Planta distintiva de la que son “dueños”: <i>huihui-lan</i>
Identificados por el lugar de residencia	Identificados con el agua, los cerros y las nubes
Subordinados jerárquicamente al diablo (Temilo) como hipóstasis	Regidos por la divinidad regional denominada Tláloc-Nezahualcóyotl
Agentes patógenos	Entidades productoras de lluvia, rayos y granizo
Agresivos, maléficos	Ambivalentes, presentan una moralidad ambigua

Referencias bibliográficas

DESCOLA, Philippe

2012 *Más allá de naturaleza y cultura* [2005]. Buenos Aires: Amorrortu.

FAGETTI, Antonella

- 2004 «Aire y asombro», en *Síndromes de filiación cultural. Conocimiento y práctica de los médicos tradicionales en cinco Hospitales Integrales con Medicina Tradicional del Estado de Puebla*, pp. 21-38. Puebla: Gobierno del Estado de Puebla, Secretaría de Salud.

HUICOCHEA, Liliana

- 1997 «*Yeyecatl-yeyecame*: petición de lluvia en San Andrés de la Cal», en *Graniceros: cosmovisión y meteorología indígenas de Mesoamérica*, Beatriz Albores y Johanna Broda, coords., pp. 233-255. México: El Colegio Mexiquense – Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

LORENTE FERNÁNDEZ, David

- 2011 *La razzia cósmica: una concepción nahua sobre el clima. Deidades del agua y graniceros en la Sierra de Texcoco*. México: CIESAS – Universidad Iberoamericana.
- 2013 «Santa María Tecuanulco: etnografía de un pueblo de tradición nahua del centro de México». *Revista de Folklore* 382, Anuario 2013. Edición digital, pp. 137-196. (<http://www.funjdiaz.net/folklore/pdf/2013.pdf>).

LUPO, Alessandro

- 1999 «Aire, viento, espíritu. Reflexiones a partir del pensamiento nahua», en *El aire. Mitos, ritos y realidades*, José A. González Alcantud y Carmelo Lisón Tolosana, eds., pp. 229-262. Madrid: Editorial Anthropos – Diputación Provincial de Granada.

MALDONADO, Druzo

- 2001 «Cerros y volcanes que se invocan en el culto a los ‘aires’ en Coatetelco, Morelos», en *La montaña en el paisaje ritual*, Johanna Broda, Stanislaw Iwaniszewski y Arturo Montero, coords., pp. 397-417. México: Conaculta – INAH.

MONTOYA BRIONES, José de Jesús

- 1981 «Significado de los aires en la cultura indígena». *Cuadernos del Museo Nacional de Antropología*. México: INAH.

MORAYTA MENDOZA, L. Miguel

- 1997 «La tradición de los aires en una comunidad del norte del estado de Morelos: Ocoteppec», en *Graniceros: cosmovisión y meteorología indígenas de Mesoamérica*, Beatriz Albores y Johanna Broda, coords., pp. 217-233. México: El Colegio Mexiquense – Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

MORAYTA, L. Miguel, Catharine GOOD, Ricardo MELGAR, Alfredo Paulo MAYA y Cristina SALDAÑA

- 2003 «Presencias nahuas en Morelos: la piedra del aire», en *La comunidad sin límites. La estructura social y comunitaria de los pueblos indígenas de México*, t. II, Saúl Millán y Julieta Valle, comps., pp. 44-46. México: INAH.

SANDSTROM, Alan

- 2010 «El panteón espiritual», en *El maíz es nuestra sangre. Cultura e identidad étnica en un pueblo indio azteca contemporáneo*, pp. 321-342. México: CIESAS – El Colegio de San Luís Potosí, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, Secretaría de Cultura del Estado de San Luís Potosí.

David LORENTE FERNÁNDEZ

Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH (México)

david_lorente_fernandez@hotmail.com